

José Revueltas y la crónica policial

SONIA ADRIANA PEÑA

Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN: José Revueltas se desempeñó como cronista de nota roja (1938) en el periódico que dirigía Vicente Lombardo Toledano: *El Popular*. Esta labor permitió a Revueltas el contacto directo con personajes complejos como el asesino y la prostituta (constantes en su literatura y que lo seducían desde sus lecturas de Dostoyevski). El presente artículo habla de las dos crónicas que con seguridad pertenecen a José Revueltas, pues son las únicas que llevan su firma. En una aproximación a estas crónicas se puede observar la presencia de un reportero más cercano al victimario que a la víctima; un autor que en este oficio logra “soltar la mano” y hacer de la realidad el cuaderno de ejercicios donde sobresalen la sordidez y el bajo mundo de una ciudad corrupta, temáticas que luego desarrollará con soltura en obras fundamentales como *Los errores* (FCE, 1964).

ABSTRACT: José Revueltas filled the part of crime reporter (1938) with a newspaper managed by Vicente Lombardo Toledano: *El Popular*. This work gave Revueltas direct contact with complex characters like the murderer and prostitute (everpresent in his literature and which seduced him from his readings of Dostoyevski). The current article focuses on two chronicles which can firmly be assigned to José Revueltas, as they are the only ones which carry his signature. In an approach to this chronicles, one observes the presence of a reporter closer to the victimizer than to the victim; an author who manages to “warm his hands” on the work and make real an exercise book where sordidity and the corrupt city underworld come out on top, themes which he would later ably develop in fundamental works like *Los errores* (FCE, 1964).

PALABRAS CLAVE: crónica roja, periodismo, policial.

KEYWORDS: Crime chronicles, journalism, police.

José Revueltas inicia su labor periodística desde las páginas de *El Popular*, diario que bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano comienza a circular el primero de junio de 1938 en una versión vespertina de cinco centavos. En su primer número el periódico deja en claro cuál será su línea editorial: “Será *El Popular* la tribuna en la cual las quejas puedan gritarse, y será también el portavoz de las ideas nobles y constructoras” (1 de junio de 1938: 1). Este perfil se observa en “el corrido de *El Popular*” que publica a escasos días de iniciar su circulación: “Puntualito el papelero / lo tendrá al amanecer / pa’ que lo compre el obrero /

antes de entrar al taller” (3 de junio de 1938: 6). Los versos dejan ver que éste será un periódico destinado a una clase social en particular: el proletariado. Desde las primeras publicaciones es evidente que cuenta entre sus prioridades la información relacionada con el ámbito político nacional e internacional, por ejemplo: el abierto ataque a Diego Rivera por haber recibido en su casa a León Trotski.

En el primer número no se le otorga mayor interés a las crónicas policiacas, sin embargo, éstas adquieren relevancia a lo largo de los días, ocupando finalmente la última plana. Entre las noticias policiales que inauguran la plana roja resalta, por su carácter grotesco, el siguiente titular: “De tres hermanas se llevó un par” (6). En el número del 25 de noviembre de 1938 aparece la fotografía del reportero policial, a quien más adelante se le identifica como a Gilberto Rod;¹ probablemente es este reportero quien se encarga de la página roja durante el primer año de vida del periódico. José Revueltas empezó como “ruletero”, es decir, cubría a los reporteros que descansaban, así lo refiere el novelista:

Bueno, yo me inicié como “ruletero” en *El Popular*. Se les dice así a los que cubren las “fuentes” de los que descansan. Entonces dije “que suave, mano, para conocer las fuentes”. Yo cubrí de todo: Hacienda, Secretaría del Trabajo, Presidencia. Hasta la nota roja. Por cierto, el director un día me encargó cambiar el estilo de la nota roja. Darle un giro literario, no sensacionalista (Hernández, 2003: 177).

Es probable que Revueltas llegara a la plana roja después de laborar en diversas secciones del periódico, lo cierto es que la página comienza a tener otro tono a partir de julio de 1939, esto coincide con la aparición del primer artículo literario firmado por el autor: “‘Nombres’ y ‘Mensajes’ entre los escritores jóvenes” (*El Popular*, 27 de julio de 1939: 3 y 6). En las crónicas policiacas, sobre todo las del primer año, abundan términos como “hetaira”, “cantinucha”, “cabaretucho”, “tabernucha”, “criaditas”, “obreritas”, “hembra”, estas expresiones desaparecen a partir del segundo año. También se advierte que un término coloquial como “antier”, común en la plana roja, se sustituye por “anteayer”; otra particularidad del primer año es el uso de la adjetivación para referirse

¹ Seudónimo de Gilberto Rodríguez (1909-1985). También se desempeñó en *Novedades*, *Excelsior*, *La Prensa* y *Últimas Noticias*.

al criminal, por ejemplo: “Un bestial microcéfalo es detenido por la policía” (*El Popular*, 24 de enero de 1939: 5). La nota describe a Ascensión J. González, un hombre que mató a otro a puñaladas, y quien, según el reportero: “responde a la descripción hecha por Lombroso sobre el asesino de instintos” (5). En las notas firmadas por Gilberto Rod, es común el uso y abuso de calificativos para encasillar a los protagonistas de sus crónicas, en este reportaje se transcribe una entrevista entre el reportero y el asesino, la nota termina de la siguiente manera: “El hombre miró al reportero con la hipocresía de una bestia impotente, la ignorancia de este sujeto lo llevó a cometer crimen tan horrendo” (5). El titular y la descripción del asesino responden al tono y a la terminología que Rod, quien firmaba gran parte de sus crónicas, utilizaba a menudo; la alusión a Lombroso no es nueva, ya desde los primeros números se observa la influencia de esta corriente antropológica en las crónicas policíacas, según se observa en la columna publicada en la plana roja y cuyo título es: “Patologías del hombre criminal” (*El Popular*, 11 de julio de 1938: 7-8).

Es sumamente difícil establecer entre las crónicas anónimas de *El Popular*, cuáles corresponden a Revueltas y cuáles no, pero resulta innegable que el tono de la plana roja adquiere otras características a partir del segundo año de vida del diario; es una hipótesis arriesgada aventurar que a partir de entonces las crónicas corresponden al autor de *Los errores* (1964), sobre todo si se tiene en cuenta que Revueltas trabajaba como “ruletero” y no exclusivamente en esa sección, él mismo recuerda que cubrió “de todo”. También se debe tener en cuenta que además de Rod, redactaban la plana roja Gilberto Miranda, Rogelio Rivera y Antonio Prieto. Esta breve presentación del diario me sirve para entrar de lleno en el análisis de las dos crónicas rojas que con seguridad redactó el novelista, puesto que son las únicas firmadas. Una de ellas corresponde al caso de Gregorio Cárdenas Hernández, un estudiante de química que estranguló a cuatro mujeres y las sepultó en el patio de su casa-laboratorio, en Tacuba.

La serie de crónicas sobre Gregorio Cárdenas en *El Popular* inicia los primeros días de septiembre de 1942: “Estrangulaba a sus amantes y luego las enterraba en el jardín de su casa” (8 de septiembre de 1942: 8), esta nota —como casi todas las que se ocuparon de este crimen— está firmada por Gilberto Rod. Como dije antes, este periodista es pródigo en adjetivos a la hora de nombrar a los protagonistas de sus crónicas, Gregorio Cárdenas no es la excepción, el reportero da rienda suelta a su

imaginación, destacan entre sus denominaciones: “Landrú mexicano”, “degenerado”, “demente”, “sádico”, “enemigo de las mujeres galantes”, “torvo criminal”, “vesánico”, “el viviente personaje de Stevenson”; sin duda el adjetivo con el que corona Rod la serie de notas es el de “monstruo”, quizás debido a una declaración de la madre del asesino (*El Popular*, 11 de septiembre de 1942: 8). A partir de aquí “el monstruo” es el mote que sustituye el nombre de Gregorio Cárdenas en todos los titulares referidos al caso, por ejemplo: “Ayer lloró el monstruo” (Rod, 12 de septiembre de 1942: 8). En esta sustitución, típica de la nota roja, se puede observar cómo el asesino es calificado de demente, de monstruo, e, incluso, comparado con un personaje literario, todo esto para trazar un límite entre el homicida y la sociedad “sana”. Cárdenas ocupa la mayor parte de los titulares del periódico durante casi dos meses.

El tono de las crónicas de Rod no pasa inadvertido para sus compañeros de redacción, así lo demuestra el artículo que en la primera sección del diario publica José Alvarado, y donde afirma que en el caso Cárdenas queda por averiguar “quién ha hecho más daño: ¿el desventurado asesino o los cronistas del crimen? Quién es más delincuente, ¿Gregorio Cárdenas o los criminólogos improvisados y los moralistas hipócritas y torpes que han regado sobre la conciencia del público la mayor cantidad de disparates?” (*El Popular*, 19 de septiembre de 1942: 5). Alvarado habla de “fiebre imaginativa” y “lectura morbosa” entre quienes han juzgado a Cárdenas; las noticias respecto al asesino van disminuyendo a partir del texto de Alvarado hasta finalizar con la crónica que escribe José Revueltas.

El texto de Revueltas se limita a transmitir el ambiente en que se desarrolló una discusión científica que se llevó a cabo entre médicos especialistas para tratar de definir la personalidad del asesino; en el texto prevalece el tono moderado del cronista, quien se refiere al acusado como a Gregorio Cárdenas Hernández, sin ningún tipo de calificativos; la atención de Revueltas parece enfocada más a los argumentos científicos que a la figura de Cárdenas. Destaca entre los comentarios del cronista el que se alude al giro que toma la discusión:

La intervención del doctor Millán tuvo la virtud de transformar la asamblea, de asamblea científica que era, en una reunión donde trató de discutirse un problema totalmente ajeno al estudio de Gregorio Cárdenas Hernández. Ya no era la cuestión de si Cárdenas Hernández resultaba un epiléptico o un esquizofrénico, sino tan sólo si el doctor Lafora debía

haberle estudiado o no, “quitando oportunidades a médicos mexicanos”. Una corriente de xenofobia se dejaba sentir entre muchos de los asistentes. Parecía que el objeto principal de la reunión era, ante todo enjuiciar al propio doctor Lafora (*El Popular*, 21 de octubre de 1942: 8).

La cita se refiere a la participación que en el caso Cárdenas Hernández tuvo el médico español Gonzalo Lafora, quien viajó exclusivamente para dedicarse al estudio psicológico del asesino. Revueltas describe el aire xenófobo que se percibe en una reunión donde los especialistas parecen disputarse un botín, olvidándose del motivo que los congregó inicialmente. Esta escena se encuentra lejos de las que bajo titulares escandalosos había venido desarrollando su compañero de redacción. Aquí se observa a un cronista mesurado que va más allá del lugar común, un hombre reflexivo que no se deja llevar por las apariencias; al reportero Revueltas le llama la atención más que el implicado en sí, la falta de profesionalismo de los “científicos” mexicanos que dejan al descubierto un nacionalismo barato.

Mucho antes de cerrar la serie de notas que sobre el asesino de Tacuba iniciara Gilberto Rod, y cuando Gregorio Cárdenas era todavía la estrella de la mayor parte de los diarios capitalinos, Revueltas firma otra crónica cuya protagonista parece salida de su mundo ficcional: Ricarda López, una mujer que asesinó a sus dos pequeñas hijas. El reportero se limita a describir a una mujer acorralada. Para apreciar mejor el trabajo de Revueltas transcribo primero la noticia que del mismo acontecimiento se ofrece en otro periódico y luego su versión:

Ricarda López Rosales, sucia, desgreñada, trasudando mugre llegó ayer a la Penitenciaría. No se arrepiente de haber envenenado a sus dos pequeñas, porque es una mujer degenerada, porque no tiene sentimientos su alma. Tipo clásico de bebedora consuetudinaria todo le parece bueno, porque quitó de sufrir a sus hijas (*La Prensa*, 4 de octubre de 1942: 1).

Como se puede observar, la mujer se presenta descuidada en su aspecto físico, y como una “degenerada” sin sentimientos en su alma, ya desde el titular se deja ver el vocabulario degradante para referirse a la mujer, a quien *La Prensa* llama “La hiena”, apodo que, tal como sucedió con Gregorio Cárdenas, viene a sustituir el nombre propio a lo largo de las crónicas de ese diario. La versión de Revueltas es la siguiente:

Ricarda López Rosales es una mujer de pequeña estatura, ojos oblicuos, apagados, manos delgadas. Mira con profunda tristeza pero a la vez se mantiene entera, lógica, usando de la inteligencia natural que posee para producir respuestas claras, firmes y bien construidas. Mató a sus dos pequeñas hijas por desesperación, por miseria, por abatimiento, pero también por algo más, que aún no puede desentrañarse y que continúa permaneciendo en las sombras del alma oscura de Ricarda López (*El Popular*, 6 de octubre de 1942: 8).

En la comparación de los titulares de las dos crónicas se observa la actividad creadora de Revueltas, el autor reproduce en el título parte de la declaración de la mujer, no la califica, no la condena, deja que sean las propias palabras de Ricarda las que introduzcan al lector en su mundo sórdido y actúen, a la vez, en su defensa. Revueltas no presenta los hechos desde una perspectiva prejuiciosa, reelabora el material que tiene entre manos, lo moldea como lo haría con cualquiera de sus esquemas literarios, como resultado, el lector obtiene la versión de un reportero más cercano a la homicida que a la sociedad que la juzga:

Ricarda López no miente, no inventa coartadas, no trata de exculparse, no desea que su pena amengüe. Manifiesta, ante todo, un pesimismo inconcebible.

“Pienso muy lejos —dice textualmente Ricarda—, no en lo que va a pasar mañana, sino el porvenir dentro de cincuenta años, de diez, de cinco, y siempre será igual, por eso maté” (8).

Las palabras que Revueltas le atribuye a la mujer (textuales) son una muestra de su trabajo literario, el giro “pienso muy lejos” no aparece en el mismo testimonio reproducido por otros medios periodísticos, y se semeja más a una frase revueltiana que al vocabulario de una mujer simple como Ricarda. Revueltas, una vez más, se coloca del lado de sus antihéroes, como lo había hecho ya en sus escritos, influido por las lecturas de Dostoyevski: Ricarda es Raskolnikov y es Sonia; el reportero trata de ahondar en el alma de los desposeídos de la tierra, tal como lo hace con cada uno de sus personajes. Llama su atención el pesimismo de la mujer, al que califica de “inconcebible” y para mejor ilustrarlo transcribe parte del interrogatorio del juez a quien la mujer responde que ella “no sabe tener esperanzas de nadie”, el magistrado le hace notar que “tiene un concepto negrísimo de la existencia”, palabras a las que Ricarda contesta con un resignado “Sí, señor”.

Una mujer sin esperanzas, que mata porque ve en sus hijas la repetición de su historia de miseria y hambre, y a quien Revueltas no juzga porque sabe que detrás de ese drama se esconde una problemática más compleja que involucra a toda una sociedad. Nadie pregunta por el padre de las niñas asesinadas, y respecto al progenitor del hijo que está esperando, la mujer responde que éste desapareció en cuanto se enteró del embarazo, ¿hasta dónde le cabe a Ricarda *toda* la culpa de semejante crimen? Esto lo comprende muy bien el reportero Revueltas, inserto como estaba en una realidad que dejaba ver, con toda su obscenidad, una sociedad en decadencia. La plana roja del periódico en el que trabajó Revueltas en la década de los treinta es una muestra clara del ambiente que se vivía en la ciudad de México como consecuencia del hacinamiento, la ignorancia y la falta de higiene de los barrios que empezaban a rodear el centro metropolitano. Esta situación no era exclusiva del siglo XX que empezaba a florecer. En las últimas décadas decimonónicas la ciudad mostraba ya una clara división, pues “según Antonio Prieto, [...] estaba dividida en dos subciudades que se distanciaban cada vez más: una era la ‘ciudad de los desdichados’ y la otra la ‘ciudad de los palacios’. La primera se localizaba al Oriente y la segunda se extendía hacia el Poniente” (Padilla 2001: 81). El oriente aportaba prácticamente toda la plana roja a los diarios capitalinos hacia fines de la década de los treinta: “No había duda en considerar que en el oriente de la ciudad, donde sobresalía San Lázaro, se veía la peor miseria física y la degradación moral. Ahí se mezclaban los basureros pestilentes con hombres de cabello greñudo y polvoriento” (81).

La crónica de Revueltas es un testimonio lúcido del ambiente que se vivía en la “ciudad de los desdichados”. La pobreza de Ricarda, la falta de un empleo que le permitiera darle una vida digna a sus hijas, la falta de educación y la irresponsabilidad masculina frente a la paternidad son los eslabones sueltos de una cadena de miseria humana que se refleja en la plana roja de los diarios: grupos de leprosos hacinados en colonias sórdidas, fetos arrojados a los basureros, mujeres víctimas de abortos clandestinos, hombres alcoholizados, ancianos muertos de hambre en plena vía pública. Todo ello, en medio de una urbe que crece de manera vertiginosa y atrae así a las múltiples “vidas infames”. Revueltas ha sabido captar en la crónica de Ricarda López la fragilidad humana frente a una situación límite, hay en este escrito una transformación literaria que supera la mera nota roja; el cronista es un observador que trasmite, sin disimulo, su simpatía por esa orilla que, desposeída de todo, espera en vano la mirada de los otros.

El trabajo de Revueltas en la plana roja termina con la obtención del Premio de Literatura por *El Luto humano* en 1943, a partir de entonces sus colaboraciones para *El Popular* adquieren otras características; en abril de ese año hay una breve presentación que anuncia la serie de notas sobre la erupción del volcán Parícutín redactadas por el joven cronista: “A partir de mañana *El Popular* publicará una serie de tres reportajes —escritos por nuestro redactor José Revueltas e ilustrados con fotografías de Francisco Mayo— que bien pueden considerarse como capítulos antológicos del periodismo nacional” (8 de abril de 1943: 1). Se deben considerar dentro de la página roja las dos crónicas aquí mencionadas, puesto que son las únicas que llevan la firma del novelista y, aunque él haya declarado que a veces redactaba la plana completa, no hay manera de determinar con exactitud cuáles le pertenecen a él y cuáles a los otros redactores que, como ya dije, eran varios.

De los dos casos que cubre Revueltas el más famoso es el de Gregorio Cárdenas. En una lectura detallada de la plana roja, desde el primer número de *El Popular* se pueden observar los crímenes más horribles; sin embargo, el estudiante de química acapara la exclusividad de las crónicas rojas por casi dos meses, ¿a qué se debe esto? Gilberto Rod, quien inicia la serie de notas, se refiere siempre al “monstruo”. La clave para entender el efecto que causa el estrangulamiento y la sepultura de cuatro mujeres está en la condición del asesino: Gregorio Cárdenas es un joven de clase media, con educación, muy diferente a los personajes del bajo mundo a cuyas vidas míseras estaba acostumbrado el cronista. Esto se puede ilustrar con la crónica del 14 de septiembre de 1942 cuyo título reza: “La madre del monstruo se negó a abrazarlo”:

Habló después el Monstruo, de música, pintura, literatura y poesía. Expresó que tiene predilección por la música y literatura clásicas. Particularmente, le gusta mucho la ópera; y dijo que jamás ha faltado a ninguna temporada de ópera. Agrega que hizo estudios de orfeón, de violín y de piano; y que en su adolescencia hizo versos románticos. Habló también, con entusiasmo de la música de Strauss, y expresó que sus vals representaban una ensoñación de la Viena de antes. Se refirió con vigor y precisión a *La vorágine*, la formidable novela de José Eustaquio Rivera. Hizo un elogio de Rubens y otros célebres pintores (7).

El reportero cree conveniente introducir los comentarios relacionados con las preferencias literarias y musicales de Cárdenas porque

constituyen una “novedad” dentro del perfil de los criminales a los que está acostumbrado reseñar. El asesino de Tacuba no se parece al usual, por ello causa sorpresa su capacidad para hablar de literatura, música y pintura. Las notas que cubrió Rod sobre otros asesinatos tenían como protagonistas a hombres analfabetos, que vivían sin el menor interés por nada que no fuera más allá de su ración diaria de alcohol; vidas míseras que mataban por simples celos, por hambre o por venganza, en eso, también Cárdenas sale de lo común: el estudiante de química mataba por placer, por el sólo hecho de hacerlo. Estas características hacen que Gregorio Cárdenas se convierta en el antihéroe favorito, el público se deja llevar por crónicas como las de Rod, donde se lo presenta como un ser extraordinario que “ante el grabado de un Cristo, en el interior de su celda [...] ora ‘tratando de conseguir el perdón divino’” (12 de septiembre de 1942: 8). Cárdenas es un hombre astuto que saca provecho de la situación y declara que no recuerda nada de lo que hizo porque posee una doble personalidad, fue su “otro yo” quien cometió los crímenes.

El caso de Gregorio Cárdenas sobresale entre las crónicas rojas de los años cuarentas porque su perfil no encaja con las características de los homicidas “comunes”, el personaje se adelanta (valga la salvedad) al prototipo criminal que protagonizará gran parte de la narrativa policiaca de fines de siglo XX, quien, más que repulsión inspira admiración, como el asesino de *Seven* o Aníbal Lecter, por ejemplo, cuya inteligencia se asemeja e, incluso, aventaja a la del detective. Este caso debe su resonancia a “la ciencia, el circo, el aprendizaje nacional del vocabulario psicoanalítico (gloriosamente mal aplicado), el júbilo ante un Jack el Destripador de México, el teatro, el morbo, el hallazgo del filón noticioso y el sentido escénico de Goyo” (Monsiváis, 1994: 24). Lo interesante es que Revueltas haya firmado la nota que pone fin al caso dentro de la plana roja del diario; este punto final, sin ningún tipo de juicios sobre el reo, es una muestra más de la capacidad analítica de quien vivió la crónica policiaca, como el cuaderno de ejercicios donde conjugó lo peor del ser humano y lo mejor del narrador.

BIBLIOGRAFÍA

ALVARADO, JOSÉ. “Criminalidad y cursilería” en *El Popular*. México, 19 de septiembre, 1942: 5.

- El Popular*. México, 1º. de junio, 1938: 1; 3 de junio, 1938: 6; 11 de julio, 1938: 7-8; 24 de enero, 1939: 5; 8 de septiembre, 1942: 8; 14 de septiembre, 1942: 7; 19 de septiembre, 1942: 5 y 8 de abril, 1943: 1.
- HERNÁNDEZ, IGNACIO. “José Revueltas: balance existencial” en *Conversaciones con José Revueltas*. Andrea Revueltas y Philippe Cheron (comps.). México: Era, 2001.
- “La hiena que mató a sus hijas, satisfecha” en *La Prensa*. México, 4 de octubre, 1942: 1.
- MONSIVAÍS, CARLOS. *Los mil y un velorios*. México: Alianza / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- PADILLA ARROYO, ANTONIO. *De Belem a Lecumberri. Pensamiento social y penal en el México decimonónico*. México: Archivo General de la Nación, 2001.
- REVUELTAS, ANDREA y PHILIPPE CHERON (comps.). *Conversaciones con José Revueltas*. México: Era, 2001.
- REVUELTAS, JOSÉ. “‘Nombres’ y ‘Mensajes’ entre los escritores jóvenes” en *El Popular*. México, 27 de julio, 1939: 3, 6.
- . “‘Nadie ha sentido lo que he sentido yo’, afirma Ricarda” en *El Popular*. México, 6 de octubre, 1942: 8.
- . “Gregorio Cárdenas Hernández, motivo de una acalorada disputa de médicos especialistas” en *El Popular*. México, 21 de octubre, 1942: 8.
- ROD, GILBERTO “El cuádruple asesino de Tacuba es la viviente demostración del brutal complejo de Mr. Hyde” en *El Popular*. México, 9 de septiembre, 1942: 8.
- . “‘He lanzado al mundo un monstruo, pero ese monstruo es mi hijo y yo quiero ver a mi hijo’ suplica la acongojada madre del asesino” en *El Popular*. México, 11 de septiembre, 1942: 8.
- . “Ayer lloró el monstruo” en *El Popular*. México, 12 de septiembre, 1942: 8.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12 de agosto de 2008.

FECHA DE ACEPTACIÓN: 18 de noviembre de 2008.